

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica cuarta despues de Pascua.

Et cum venerit ille, arguet mundum de peccato, et de justitia, et de judicio.

JOAN, XVI, 8.

Y cuando él viniere, arguirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.

El mundo está lleno de pecado y de injusticia. Observar su tenor de vida y apenas hallareis otra cosa que pecado y obras de pecado, á saber, soberbia, avaricia y lujuria, concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y orgullo de la vida como afirma S. Juan, maestro de la pureza, y espejo de la virginidad. La palabra de Jesucristo se ha cumplido siempre, cúmplase ahora y se cumplirá á traves de los tiempos hasta el fin de los siglos, y más allá, en toda la eternidad. Cuando venga el es-

piritu de Dios, decia á sus apóstoles, arguirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio. Ya ha venido, esta en medio de nosotros, y no cesa de reprendernos interiormente con su gracia y exteriormente con sus mil voces, echándonos en cara nuestros pecados, nuestras prevaricaciones y liviandades. Por lo cual decia el profeta Ezequiel que vió un libro misterioso y en él habia *lamentationes, carmen et vox*. Y nos increpa, nos arguye, y amenaza con un ¡ay! formidable, con un fin desastroso porque nos muestra los gemidos de la penitencia como medio seguro de salvacion y echamos por las floridas sendas del vicio, porque nos llama á la posesion del paraíso celeste y preferimos las delicias terrenas, porque nos manda seguir su ley y amar la justicia,

ofreciendo premios eternos, y seguimos la ley de la carne, violamos la justicia, y despreciamos el juicio de Dios que ha de castigar nuestras iniquidades con eternos suplicios. *Arguet mundum de peccato et de justitia et de juditio.*

Y por cuanto el pecado de lujuria es el que más ofende la santidad de Dios, y provoca su justicia; siendo este vicio tan general en nuestros días que *toda carne ha corrompido sus caminos* como en los tiempos de Noe, vamos á levantar contra ese horrendo y vergonzoso pecado la blanca y hermosa bandera de la castidad.

Escuchad con oído atento y reflexivo esta palabra que tiene virtud para curar las llagas hediondas de la impureza, palabra de luz, *ley inmaculada que trasfigura las almas, mas pura que la plata salida del crisol, y mas estimable que el oro y los topacios.* Que el Señor purifique mi corazón y mis labios con el fuego de su amor, y trataré de ofrecer á vuestra piadosa contemplación *las excelencias de la castidad y la manera de conservarla.*

Vamos á discurrir brevemente sobre las excelencias de la castidad, hermosísima virtud que tiene para seducir la inteligencia todos los encantos del corazón.

Conviene advertir que la pureza ó castidad no es solamente la virtud de las personas consagradas á Dios; no es un deber exclusivo de algunas almas privilegiadas; no es un grado de perfección evangélica reservado únicamente á las monjas, á los frailes y á los sacerdotes: es una virtud obligatoria á todo cristiano, es un deber común á todos los estados y condiciones, deber impuesto por Dios para hacernos á su imagen y semejanza para elevar nuestro espíritu, y preservar de la corrupción la carne misma por la sabia y enérgica represión de sus anárquicas exigencias. La virginidad es un consejo evangélico, pero la castidad es un precepto. Nadie está obligado á la virginidad, á tomar el estado religioso, á ingresar en un monasterio, ó en las pilas del sacerdocio, pero todos tenemos el deber de ser puros y castos en pensamientos, palabras y obras. La ley evangélica es esta: *Mundi estote. Sed limpios. Hé aquí el resumen de la Religión: hacer obras de piedad y de misericordia y conservarse limpio en medio de las impurezas del siglo.* Los que viven según la carne, aunque parezcan vivos están muertos. La ley de la castidad lleva consigo sanción eterna de goces purísimos. Di-

chosos los limpios de corazón porque ellos verán á Dios. Los impuros, los fornicarios, los adúlteros y cuantos salgan de este mundo con pecado de lascivia *no entrarán en el reino de los cielos.*

La castidad es una de las flores mas bellas y aromáticas que se crían en la Iglesia católica, llamada por los Santos Padres, el misterioso jardín de las almas. No hay ofrenda mas grata al Señor que un corazón puro y un alma engalanada con la blanca azucena de la castidad. Hay en esta virtud un perfume tan suave, una fragancia tan deliciosa que sobrepaja el aroma de todos los inciensos ofrecidos á la divinidad. Los que de veras se afanan por agradar á Dios y ser santos, á saber; buenos cristianos, *florecedrán como el lirio y serán en presencia de Dios como el olor del bálsamo.* El rey de la gloria se complace en las almas puras *y en ellas pone su trono.* Atraído por la castidad de María, reina de las vírgenes bajó del cielo á la tierra, tomó nuestra carne hizo hombre, y nos redimió al gran precio de su Sangre. Desde entonces conoció el mundo las excelencias de la castidad, y del tronco de la Cruz, regado con la sangre purísima del Hijo Virgen y con las lágrimas inmaculadas

de la Virgen Madre brotaron millones de azucenas, almas enamoradas de la pureza que lucharon valerosamente contra las pasiones carnales, y renunciaron á los placeres para correr en pos de sus castos ideales. Desde entonces la castidad ostentó su belleza encantadora y difundió por todas partes sus embriagadores perfumes, siendo la ley de la humanidad, redimida, el precepto de todos los cristianos, la virtud de todos los estados y de todas las edades, el adorno de los jóvenes y el decoro de los ancianos, el honor de las viudas, el ornamento de los casados y la corona de los sacerdotes.

Es la victoria mas ilustre del alma sobre el cuerpo, el triunfo mas glorioso del espíritu sobre la carne rebelde, abnegación sublime de un mérito indefinible, absorción la mas deliciosa en el seno de lo infinito, foco de luz encendido en el cielo que tinte de sus arreboles el manto real de la razón, manantial inagotable de goces purísimos y gusto anticipado de la vida eterna.

Es la vida del espíritu, la elevación del pensamiento, y la luz de la inteligencia, como que la castidad y la sabiduría son hermanas, como que la pureza nos asemeja á los ángeles, sublimes y

clarísimas inteligencias, mientras la lujuria nos convierte en bestias, nos asemeja á los jumentos, tipos de la estupidez. *Comparatus est jumentis et similis factus est illis.*

Con la castidad andan como en dulce consorcio y lucido cortejo todas las virtudes y á todas les comunica fuerza y hermosura. Es el brillo de la fé, la firmeza de la esperanza y el aliento de la caridad. Es la corona de la Virgen, la joya de la doncella, el honor de los casados, el ornamento de los jóvenes, el tesoro de los ancianos, el manto recamado de oro que hace tan bella á la esposa de Jesús, la librea de los cortesanos del cielo, la que pone á los hombres en disposición de alternar con los ángeles, la que convierte nuestro cuerpo en un templo, nuestro corazón en tabernáculo y nuestra alma en un cielo, digno de ser habitado por el mismo Dios. *Ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus.*

Conoceis ya el precio de la pureza. Reconoced, hermanos míos, sus grandes excelencias, y no vendais esta joya que tanto agrada á Dios y enaltece al hombre, por un vil placer que provoca la ira divina y degrada vuestra alma. No cambiéis por un goce carnal que dura un momento los

goces del cielo que no tienen fin. ¿Habeis perdido la joya de la castidad? ¿Habeis caído en pecado de impureza? ¿Os domina esa pasión vergonzosa, ese vicio hediondo que según el Apóstol no debe ser nombrado entre cristianos? Pues no descanséis hasta vencer esa pasión infame, hasta romper las cadenas de ese pecado vergonzoso, hasta encontrar esa joya de la pureza que habeis perdido en los combates del mundo. Los que han caído, que se levanten, y los que están en pie que no caigan, y una vez en posesión de la pureza, que los unos y los otros aprendan *la manera de conservarla.*

El evangelio, la razón y la experiencia nos ofrecen los medios más oportunos y eficaces para conservar intacta la flor de la pureza, medios que yo llamo positivos y negativos. Los medios positivos son todos los auxilios interiores y exteriores que nos ofrece la Religión para defender el alcázar de nuestra alma contra el mundo, el demonio, y la carne, enemigos jurados de la pureza.

La oración y la vigilancia, la Confesión y la Comunión, el Rosario y los ejercicios piadosos, la devoción á la Virgen y á San José, modelos y patronos de la castidad, las lecturas piadosas y el

trato de personas verdaderamente cristianas y ejemplares, hé aquí los medios que á todos ofrece el Señor para conservarse limpios en medio de la corrupcion general. Emplead estos medios que entrañan poderosa virtud y maravillosa eficacia. Para los combates peligrosísimos de la pureza necesitamos luz, fuerza, auxilios sobrenaturales, y esa luz se nos concede por la oracion, y esa fuerza la encontramos en los Sacramentos, y esos auxilios nos vienen de las prácticas piadosas; que la piedad es útil para todo. *Pietas ad omnia utilis est.*

Y luego emplead los medios negativos, la sobriedad en el comer y beber, evitando los escollos de la gula, madre de la lujuria; huid de los peligros y ocasiones porque otros pecados se vencen luchando, pero este demonio, este pecado de la lascivia solo se vence huyendo. Las lecturas peligrosas como novelas y folletines, las relaciones amorosas y las torpes conversaciones, el lujo y los espectáculos, las diversiones públicas, y especialmente esos bailes modernos donde todo es impureza y deshonestidad, hé aquí los peligros que habeis de evitar, si de veras amais la pureza y quereis agradecer á Dios y salvar vuestra alma.

Porque se desprecian estos avisos, porque se cierran los oídos y el corazón á las lecciones del Evangelio, de la razón y de la experiencia, porque no se evitan los peligros, ni se huye de las ocasiones, porque los padres no cuidan de sus hijos y presencian impasibles su ruina y perdicion, la lujuria ha tomado proporciones horribles, domina con tiránico imperio, y no hay edad, estado, ni condicion que no rinda tributo á la más infame de las pasiones. Todo proviene de que se dá rienda suelta á la corrupcion y se concede al vicio la más amplia libertad, dejando sin freno á los libertinos y sin proteccion á los defensores de la moral y de la virtud.

Todo proviene de que se buscan con ardor las ocasiones y no se temen los peligros mientras se miran con desvio las prácticas cristianas, y se menosprecian los auxilios de la gracia, la virtud de la oracion y la eficacia de los Sacramentos, antidoto infalible y saludable preservativo contra los ímpetus de la carne y las seducciones del mundo. De aquí el sómbrio cuadro que ofrecen las costumbres públicas y privadas. Todo lo ha invadido la impureza, los pensamientos y las palabras, los deseos y las obras, la niñez y

la adolescencia, la virilidad y la ancianidad. El mundo se ha convertido en una Sodoma impura, en un Egipto abominable, en una Babilonia adúltera, hundiéndose cada día más en el lodazal de los vicios, en el abismo de las viejas corrupciones de Roma y de Cartago, de Citérea y de Pafos.

Al cabo de tantos desórdenes viene la muerte y se cumple la sentencia del Evangelio: Que los impuros no entrarán en el reino de los cielos. Entonces reinará Jesucristo, y arguirá al mundo de pecado, del más vergonzoso de los pecados, y de la justicia que menospreció, y del juicio de Dios que no temió, y de sus luces que negó, y de sus gracias que disipó, y de su infierno que rechazó, y de su gloria que vilipendió, labrándose con sus pecados, liviandades y rebeliones, su ruina temporal y su eterna desventura. Sed vosotros limpios de corazón. No profaneis con impurezas esos cuerpos que *son templos del Espíritu Santo*. No degradeis ese espíritu sublime, *poco menor que el angélico*; no mancheis esas almas hechas á *imagen y semejanza de Dios*, redimidas con la sangre de su Hijo, engalanadas con los dones del Espíritu Santo, y destinadas á su gloria. Mirad con horror el pecado de impureza

que os roba la luz de la razón, la antorcha de la fé, el tesoro de las virtudes, la salud del cuerpo, la vida del alma, la amistad de Dios y las riquezas de su gloria. *Beati immaculati in via*. Cultividad en vuestro corazón la flor de la pureza, sed puros en pensamientos, castos en las palabras, immaculados en vuestros caminos y vereis á Dios, gozosos y felices por toda la eternidad,

Amen.

UN GRAN MILAGRO.

Uno de nuestros primeros y mas acreditados médicos, en España y fuera de España, el Dr. D. Juan Vicente, prueba viva de cuán bien se compaginan la verdadera ciencia y la piedad sólida, y de cuanto gana y prospera un entendimiento privilegiado con los esplendores de la fé, hizo su carrera en París, durante la emigración á que dió lugar la primera guerra civil. Y habiéndose sacado á oposición una plaza de médico en uno de los primeros hospitales, se presentó á disputarla y la ganó.

Pero la salud de una persona de su familia exigió aires mas puros que los de una gran ciudad, y se fué á vivir á Montmorency. En uno de los trenes de la mañana iba á París á hacer su visita en el hospital y ver á sus enfermos, y á la tarde se volvía con su familia.

Habia en Montmorency varios mé-

dicos; unos protestantes, racionalistas otros, no sé si alguno católico; pero todos de nota. Así que el doctor Vicente, aunque acostumbrado ya à ser llamado y muy buscado en Paris, se sorprendió una mañana que fueron à avisarle, à él, extranjero, y allí de paso. para que viese à un ricacho que vivia en aquella poblacion.

Fué allí, de camino para el tren, y reconoció al enfermo, viejo solteron que se llamaba M. Lechel.

Animóle como pudo, recetóle lo que creyó más conveniente, y al atravesar un jardincillo que habia delante de la casa, dijo à una sobrina del enfermo que le acompañaba:

—¿No tiene M. Lechel mas familia que Vd.?

—No, señor; yo soy toda su familia.

—Señorita, la enfermedad de su tío de Vd. exige bastante cuidado.

—Desde que cayó en cama comprendí que estaba enfermo de gravedad.

—Entonces no extrañará Vd. que le pregunte si ha tomado sus disposiciones.

—Sí, señor; ya ha hecho testamento.

—Pero.... ¿no es católico?

—Sí, señor.

—Entonces....

Mlle. Lechel se cubrió la cara con las manos, y rompió à llorar.

—Es imposible hablarle de confesion, doctor,—le dijo.—Es católico porque está bautizado; pero desde que yo tengo uso de razon, no he visto en

él un solo rastro de la fé recibida. Al contrario, tiene ódio de muerte à la Religion, reniega de ella à cada paso; y mil veces me ha dicho que al que viéndole enfermo, le hablase de confesarse, le mataría.

—*En los cuadros que adornan su habitacion he conocido que no es muy devoto; pero esa no es cuenta nuestra. Y aún ese es mayor motivo para no dejarle morir sin confesion.*

—Usted no le conoce. Me matará si se lo propongo.

—No es tan fiero el leon como lo pintan; y mucho ménos postrado por mortal enfermedad.

No le conoce Vd. Me matará.

—*En fin, si Vd. no se atreve, esta tarde se lo diré yo. Enfermo à quien yo asista, no ha de morir como un perro por culpa ú omision mia.*

Fuése el médico à Paris, y cuando volvió à la tarde, encaminóse à casa de M. Lechel, resuelto à ver de salvar su alma, ya que su cuerpo era imposible, induciéndole blandamente à reconciliarse con Dios, y si era necesario, revelándole que le separaba poquísimas horas del juicio que no tiene apelacion.

Pero al llegar à la verja del jardin, vió à Mlle. Lechel que salia de la casa y corría à su encuentro, diciéndole entre lágrimas y sollozos:

—Doctor, *c' est fait.* (Es negocio concluido).

Detúbose costernado el Doctor.

—¿Como ¿Ha muerto sin confesarse?

—No es eso; vive, y se ha confesa-

do con grandísima compuncion. En cuanto Vd. se fué entré en su cuarto. Me dijo que la tristeza y la soledad le ahogaban. Yo me aventuré á decirle:

—Aquí no tenemos amigos. Solamente conozco al señor cura. Es persona bondadosísima y de conversacion muy agradable. Muchas veces, en mis horas de tristeza he ido á buscar consuelo al pié del confesonario, y siempre lo he hallado. ¿Quiére usted que le avise?

—Pero, ¿consuela eso?—me dijo.

—No hay consuelo ni alegría comparable—le respondí.

—Y ¿querría venir?

—En cuanto sepa que Vd. lo desea.

—Si tiene noticias de que soy impío, blasfemo, enemigo encarnizado de los curas.....

—Vendrá con mas prontitud.

—*Que he jurado matar al primer cura que se me presente á la hora de mi muerte.....*

—Vendrá mas pronto y con mas alegría.

—Bien está. Déjame.

Me salí. A poco me llamó, me dijo que avisase al señor cura, vino, y ahora le acaba de dejar tan tranquilo y resignado que parece otro hombre.

Entró el doctor en la alcoba. Los cuadros que vió por la mañana habian desaparecido. *En cambio, en frente de la cama estaba la imágen de Jesús Crucificado, con los brazos abiertos para recibir al pecador arrepentido.*

El enfermo habia perdido el uso de la palabra. Pero sus ojos miraban al médico, y no cesaban de girar del

médico al crucifijo, como si quisiera dar gracias á Dios que le habia proporcionado un médico cristiano, y al médico de que hubiera cumplido como fiel instrumento de Dios.

Veinte y cuatro horas despues murió M. Lechel cristianamente, despues de recibir todos los Sacramentos, y dando muestras patentes de fervorosa contricion, entre su sobrina, el médico, y el Ministro de Dios que habia desligado su alma de los lazos del pecado.

—¡Señor! ¡Señor!—exclamaba al salir el médico, abismado y confundido:—¿qué milagros son estos de infinita, incomprensible misericordia? ¿Qué hay en nuestra miseria para que así te acuerdes de nosotros, y aún del que consagró su vida á renegar de tí y maldecirte?

—Los juicios de Dios son inescrutables, le respondió el Cura.—Pero en este caso le puedo á usted decir lo que M. Lechel me ha contado fuera de su confesion, y con encargo de decirselo á Vd.

Cuando entré por primera vez en su alcoba, el infeliz estaba como loco.

—¡Para mí no hay perdón!—decia:—¡Soy un réprobo! ¡Estoy condenado!

Díjeme lo que Dios me inspiró. Tranquilizóse, y se confesó con uncion extraordinaria. Absuelto ya, tranquilo y aún contento, me dijo:

(Continuará.)